

¡Piénsatelo! (3)

Parece que 'la justicia' no está en su mejor momento, ¿verdad? ¿Hasta qué punto confías tú en el sistema de justicia de tu país? Me viene a la mente esa imagen que todos hemos visto – por lo menos en películas, si no en la vida real – de la Justicia personificada como una mujer vendada con una balanza en una mano y una espada en la otra. Lo de la venda parece especialmente significativo – por un lado se supone que simboliza lo que la Justicia debería ser: imparcial; pero visto con un poco de cinismo más que justificado, ¡parece más bien una burla sin querer de la ceguera de verdad de la Justicia! A fin de cuentas, ¿quién se cree que existe la misma justicia para los pobres que para los ricos – que el dinero no hace ninguna diferencia?! Ha habido (y sigue habiendo) demasiados casos de flagrantes desigualdades, privilegios comprados y jueces incompetentes o, peor todavía, de dudosa integridad, etc.

Imagínate un juez a quien le tocara presidir en un juicio en el que el reo fuese una mujer acusada de toda una serie de crímenes graves; y que, pese a un montón de pruebas de todo tipo en contra de la acusada, esta saliera absuelta o con una sentencia de risa (si es que a una cosa así se le puede calificar de 'de risa'); ¡y que luego se descubriera que el juez y la acusada eran amantes! Supongo que se podrían comprender los sentimientos del juez y su dilema personal, ¡pero dudo que el escándalo fuese menor por eso!

Pero – es curioso – un comportamiento que casi nadie aceptaría en un juez, ¡casi todo el mundo lo espera de Dios!: ¡que él perdona a los culpables (¿y quién de nosotros no es culpable ante esa ley más alta?) y no les castigue por el amor que tiene por ellos! En otras palabras, jamás aceptaríamos el amor de un juez como una excusa de no cumplir con sus obligaciones, y sin embargo es precisamente eso lo que esperamos del que, además de ser el Dios que "es amor", es el Juez (con mayúscula) perfectamente justo ante quien nos va a tocar a todos comparecer, tarde o temprano.

El mensaje cristiano (el auténtico) no consiste en que Dios sacrifique su justicia a favor de su amor, sino en que Dios reunió ambas cosas: su perfecta justicia y su perfecto amor, en la muerte de su Hijo en la Cruz. Allí "la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron" (Salmo 85:10), "a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Romanos 3:26). ¡Gracias a Cristo crucificado, los culpables podemos ser absueltos!

*Andrés Birch
pastor@iglesiapalma.com*